



Eduardo Gutiérrez y la frontera: un recorrido por los fortines y los toldos

Melina Yuln

Arquiteta, docente e investigadora no Instituto de Estudios del Hábitat-IDEHAB

Universidad Nacional de La Plata

La Plata, Argentina

melinayuln@yahoo.com.ar

Resumo

Este trabajo busca indagar el tema de la frontera decimonónica en Argentina utilizando como fuentes principales dos textos de Eduardo Gutiérrez –*Juan Moreira y Croquis y siluetas militares*–, haciendo hincapié en el tema que motiva mi tesis sobre la interpretación histórica de la frontera y la construcción física y mental del territorio. El hecho de trabajar con fuentes contemporáneas, o escasamente avanzadas, –cuando todavía resuena la guerra con el indio– y con estudios culturales de matriz literaria, permite –para este trabajo en particular– analizar cuestiones vinculadas a la vida material de la frontera, a la construcción y concepción del territorio y a las representaciones que devienen en imágenes de una identidad nacional.

Palabras-clave: siglo XIX, frontera, territorio, literatura popular, representaciones.

ACTUALMENTE LA PROBLEMÁTICA DE LA FRONTERA es abordada considerando la variedad de fronteras construidas e ideadas, ya que ésta puede ser entendida como rasgo topográfico, como región geográfica, como espacio de enfrentamiento o inclusión, como espacio militar, económico y cultural, como una región, un proceso o un discurso (Batticuore, El Jaber, Laera, 2008).

Esta dimensión cultural de la frontera le confiere un sentido simbólico a los aspectos antes mencionados, permitiendo ir más allá de la idea de frontera como límite o borde. ¿En qué cuestiones está presente la transculturación? ¿Qué vestigios de la ciudad aparecen en la frontera? ¿En qué medida se hace visible el grado de *civilización* o *barbarie* en la campaña? ¿Hay un *otro* reconocible o la frontera elimina las diferencias? ¿Cuál es la lectura topográfica y ecológica del territorio? Estas son algunas cuestiones que se revisan en el trabajo, intentando responder a la mayor cantidad de interrogantes posibles.

La frontera

La ocupación del territorio y el avance sobre las fronteras con sociedades indígenas es un tema medular en la historia americana por estar vinculado directamente con los procesos de formación de los estados modernos y la instauración del sistema capitalista internacional. Esta es una característica común a los países de inmigración en América, donde la consolidación del espacio fronterizo fue llevada a cabo por políticas públicas en combinación con acciones de particulares, ya fueran individuos, familias o sociedades económicas.

En Argentina, durante los *treinta años de discordia* que corren entre la derrota de Rosas y el triunfo de Roca, se consolida la formación de un estado central, constituyéndose en el proceso político más relevante de esa etapa de la historia nacional. Con la expansión de la economía exportadora, la ciudad de Buenos Aires crecía a un ritmo febril, modernizándose como capital de la nación y principal puerto de ultramar. Aquí la campaña tiene un papel fundamental, principalmente la campaña bonaerense, porque es la primera provincia donde el contraste entre progreso urbano y primitivismo rural es más evidente, pero sobre todo porque la amenaza de la frontera indígena comprometía las zonas rurales dinamizadas por la expansión agro exportadora (Halperin Dongui, 2005).

Era necesario ampliar el territorio productivo de la campaña, pero para eso se debía dar un marco de seguridad y de legalidad. El estado debía avanzar sobre tierra de indios y delimitar una protección de avanzada, conformada por una línea de fortines, para las estancias más aventuradas en el territorio, generando una zona de amortiguación entre la campaña al interior y el exterior de la frontera militar.¹

La expansión territorial de la pampa bonaerense estuvo signada por los avances y retrocesos de la frontera con los territorios indígenas, que se agravó a partir de la caída de Rosas en Caseros, que había mantenido hasta ese momento una política de negociación con los indios. En la campaña al desierto que llevó a cabo en la década de 1830, Rosas diferenció entre indios enemigos (aliados de sus adversarios políticos, que se convirtieron en blanco de sus persecuciones) y tribus amigas, a las que protegió en sus estrategias de poblamiento. Esta política, conocida como *Negocio Pacífico de Indios*, logró estabilizar las relaciones con los indígenas a través de la inclusión de dos tipos de facciones: las aliadas, que pretendían mantener su autonomía política y territorial (cuestión que entró en conflicto con la necesidad de mayor obediencia por parte del estado provincial) y las tribus amigas, que eran grupos reducidos, asentados al interior de la frontera, y funcionaban como fuerza militar auxiliar a cambio de recursos para el mejoramiento de su subsistencia, aún cuando esto significara perder la autonomía. Este mecanismo de negociación, que oscilaba entre la represión y la persuasión, se mantuvo hasta la derrota del régimen rosista. A partir de 1853, se suceden luchas internas (Caseros, 1852; Pavón, 1861) y conflictos externos (Guerra con Paraguay, 1865) que provocan la desprotección de la campaña, ya que el gobierno retiró las fuerzas militares de la frontera y

esto produjo el retroceso de las mismas. Como en una guerra de posiciones, tal cual la iniciaron los españoles en tiempos de la colonia, se iba avanzando sobre el territorio de manera progresiva, hasta la ofensiva definitiva de Roca en 1880.

En Argentina no hubo una tradición de estudios sobre la historia de la frontera, sino que tuvieron mayor peso las construcciones de relatos provenientes de la literatura y de los diarios de viajeros, junto con los discursos de las elites nacionalistas, otorgándole un rol negativo a la misma. Esta construcción negativa de la frontera –armada desde la narrativa y las historias triunfalistas nacionales–, implicaba la barbarie, el atraso y la violencia. Mientras las elites intelectuales equiparaban a la ciudad con el progreso y a las fronteras con la ignorancia y el primitivismo, era la población rural la que producía el grueso de la producción del país, para que se incorporara al mercado internacional.

El discurso propagandista del nacionalismo y el liberalismo triunfante en 1880 –influenciado por autores europeos y norteamericanos– planteaba la integración territorial a través de la incorporación de territorios indígenas previamente proclamados vacíos. Según este discurso –que fue transformándose a lo largo del siglo–, los pueblos autóctonos designados como *indios* pasaron a ser *salvajes sub-humanos*, así como el *cristianismo* (representado por la raza blanca) fue sinónimo de *civilización*, en medio de un territorio indígena que era considerado un *desierto*. De esta manera el Estado incorporaba –a la fuerza– como *bandas rebeldes* a las naciones independientes indígenas, valiéndose de la utilización de conceptos arbitrarios como *tierras libres*, *áreas vacías*, *fronteras internas*, *tribus*, *hordas* o *bandas*.

Aún en el seno de la elite hubo una lucha de representaciones de la frontera en el largo camino de la cuestión más importante a resolver: ¿qué hacer con el indio? Para lograr la unidad y cohesión en busca de la construcción nacional, había que eliminar la diversidad. En ese sentido, tanto Zeballos –en su calidad de agente del Estado que acompaña la conquista–, como Mansilla –actor previo a la conquista–, se hacen la misma pregunta. Si bien ambos son herederos de la tradición cultural que tematiza a la frontera como línea que separa lo uno de lo otro, en Mansilla se puede entrever una concepción de frontera que incluye al mestizaje como uno de sus principales elementos, es decir, que el desierto ya no era un vacío sino un territorio habitado, en tanto que Zeballos, con su visión cientificista, la propone como una línea divisoria entre indios y blancos, sin mezcla ni contacto.

¹ La frontera militar se materializaba como una línea de fortines. Esta línea defensiva estaba compuesta por Comandancias -o Fuertes- y Fortines. Los primeros eran los puntos principales y se situaban a distancia considerable unos de otros (entre unos cincuenta y setenta kilómetros) y los segundos eran guarniciones menores en infraestructura y número de soldados, que completaban la línea de defensa y distaban respectivamente entre cinco y ocho kilómetros.

Recién hacia el último tercio del siglo se va dejando de lado la idea de desierto (en tanto vacío de civilización o vacío de orden) y aparece el mundo mestizo de la frontera (Quijada, 2003; Ratto, 2003; Schmit, 2008; Roulet; Nararro Floria, 2005; Nacach, Navarro Floria, 2004). La frontera era un espacio de convivencia multiétnica donde se producían cruces y mestizajes que acentuaban el fenómeno de transculturación porque, efectivamente, la frontera era una zona de encuentro y de negociación entre culturas, que no pertenecía ni a un mundo ni al otro y funcionaba como un *orden alternativo* que resistía al sistema estatal en construcción y que se caracterizaba políticamente por su marginalidad respecto de las naciones indígenas y del estado argentino.

En este espacio social complejo convivían gauchos, militares, estancieros, campesinos, extranjeros, indios amigos y enemigos, cautivos y exiliados. La frontera era una zona de cruce intercultural que servía como un campo de experimentación para la organización del espacio rural en general.

El autor

Eduardo Gutiérrez perteneció a una familia porteña, culta y acomodada. Fue militar durante la década de 1870 –donde obtuvo el grado de capitán– y a finales de ésta abandonó el ejército para convertirse en escritor y periodista. Opositor al gobierno de turno, su discurso de denuncia se refleja en sus escritos.

Hasta entonces, bajo la presidencia de Sarmiento, Adolfo Alsina era el ministro de guerra y se presentaba como candidato del Autonomismo –del cual Gutiérrez era partidario–, pero decide bajar su candidatura y aliarse con Avellaneda formando el Partido Autonomista Nacional. Por esa cuestión Gutiérrez elige apoyar al Partido Nacionalista de Bartolomé Mitre, aunque sigue bajo las órdenes de Alsina en el ejército en la lucha contra los indios, hasta su abandono definitivo de las armas.

Su serie de *novela popular con gauchos* se inaugura con *Juan Moreira* (Gutiérrez, 1980), escrita entre fines de 1879 y principios de 1880, cuya trama es la del gaucho que se desbarranca en la pendiente del crimen por causa de una justicia arbitraria. La historia transcurre durante la década de 1870 y culmina con la caída final del gaucho en 1874, año que para Gutiérrez es *fatal* porque Avellaneda es elegido presidente. Lo que hace Gutiérrez, a través de los folletines en que aparece publicada su novela, es llevar la tradición oral gaucha y la cultura popular a la ciudad, valiéndose de un medio de comunicación masivo –y moderno– como lo era el periódico. *Moreira* se sitúa entre lo real y lo ficcional, lo que A. Laera llama *ficción liminar* (Laera,

2004), es decir, que necesita de un espacio preliminar real desde el cual construir la ficción y donde entran al relato archivos policiales, relatos orales o chismes de sociedad, mezclados en un discurso denunciacionista, con connotaciones políticas que no esconden las inclinaciones partidarias del autor. Tal es el éxito de su escrito que *Moreira* es adaptado como obra teatral, aunque Gutiérrez no era partícipe de esta iniciativa.

Croquis y siluetas militares (Gutiérrez, 1956) se publica en 1886 y es un escrito memorialista que forma parte de los relatos de guerra de fines del siglo XIX, sumado al conjunto testimonial formado por fotografías, diarios personales, cartas privadas y artículos periodísticos. Es una especie de tributo a quienes fueron sus compañeros de armas, destacando su bravura y heroicidad, aunque el relato no se regocija en el sufrimiento de la guerra ni en la muerte del *enemigo*, sino que la lucha es el escenario para el anecdotario y el recuerdo personal. Tanto *croquis* como *silueta* hacen referencia a un diseño sin demasiado detalle, al esbozo de un perfil, a la descripción de rasgos generales. El subtítulo especifica: *Escenas contemporáneas de nuestros campamentos*, es decir que el relato tiene la finalidad de dar un pantallazo de la vida en los fortines y la frontera en la década de 1870.

La frontera de Gutiérrez

Para Gutiérrez la frontera bien podía resultar una condena o una vocación. Tanto para el gaucho como para el soldado era un lugar de privaciones y penurias, al que se llegaba allí condenado por la justicia, enrolado por la fuerza o a consecuencia de una profunda vocación militar. Desde este planteo radical que no deja espacio para grises intermedios, según Gutiérrez, la frontera era tierra de héroes y de bandidos.

En su *Moreira*, al contar la historia de un gaucho que oscila entre el heroísmo y la ilegalidad, postula los dos únicos caminos que puede seguir el habitante de las pampas: el del crimen o el de las milicias. Los estancieros preferían a los extranjeros para el trabajo del campo porque sabían que el Estado no podría arrebatarlos con excusas de elecciones o de levas. Al vivir en un estado de abandono, privado de todos sus derechos de ciudadano y de hombre, la utilidad del gaucho se reducía a su voto en las elecciones o al engrosamiento de los regimientos de frontera. Tan desamparado se encontraba que Gutiérrez lo dibuja como un *paria en su propia tierra*. Así es como el gaucho siempre termina en la frontera, sea o no criminal, porque el Estado lo aprehende alegando vagancia, desacato o simplemente por capricho de la autoridad de turno. La frontera aparece como un lugar olvidado por Dios y por el estado. El brazo de la ley intenta

llegar a los rincones de la campaña como señal de la presencia estatal, pero en un mundo ambiguo y contaminado como la frontera, hasta los representantes de la ley corren sobre una delgada línea entre la legalidad y la ilegalidad.

Moreira es la metáfora de la frontera. Según de qué lado se lo viera, podía ser un bandido asesino y desalmado o un héroe popular que se le plantaba al orden impuesto, desafiándolo y burlándolo. Para los jueces de paz y las milicias era un convicto peligroso, por eso debió cruzar la frontera y adentrarse en las tolderías para no ser alcanzado por el brazo de la ley. Para el habitante de la campaña era el mito viviente, la leyenda encarnada. Esa situación de ambigüedad, de no pertenecer ni al estado ni al mundo indígena, lo convertía en la frontera misma.

En *Croquis y siluetas militares* Gutiérrez destaca la abnegación y el sacrificio del soldado en la frontera. Aparecen los hombres comunes y desconocidos que por vocación o por avatares de la vida terminan siendo héroes militares. También los jóvenes de familias distinguidas ingresaban al ejército y los cuerpos de línea contaban con oficiales que habían pasado por la universidad; muchos de ellos se dedicarían a las letras o a la vida política, como el propio Gutiérrez.² Es decir que la oficialidad se formaba en su mayoría de jóvenes instruidos, de vocación militar, que decidían abandonar la comodidad –y la seguridad– de la ciudad para ir a luchar contra un enemigo que no era compatible con el ideal de progreso y modernización.

Gutiérrez utiliza sus relatos para denunciar la miserabilidad de la vida en la frontera. El hambre y la vida paupérrima son el elemento común a los soldados de línea. Las inclemencias del tiempo, la falta de ropa y de cobijo en marchas a través del campo, la falta de pagos y la miseria general se suman al escenario de la guerra. La idea de que la vida de las personas allí confinadas le pertenecía únicamente al estado y no a sus propios dueños, es una denuncia que se repite al hacer referencia a los dos años iniciales de servicio obligatorio –para quienes hubieran sido condenados o enrolados– que se convertían en un tiempo incierto, ya que pasaban los años y el estado no efectivizaba la baja. Esto constituía una trampa para el soldado porque, si permanecía en la milicia, la consecuencia era prolongar la miseria y el riesgo de vida; y si desertaba, se convertía en un ilegal perseguido por la justicia, probablemente se vería en la necesidad de buscar refugio en los toldos indígenas o de errar eternamente por

la pampa, con el mismo resultado miserable y riesgoso. En definitiva, la frontera era una trampa, salvo para el que buscara una verdadera vida de aventura.

Estas descripciones de la vida material dejan ver un espacio fronterizo ruralizado, puesto que la frontera, en esos años, pertenece al mundo de lo rural. La ciudad aparece en forma tácita, como lugar de aprovisionamiento, como añoranzas de confort, como recuerdos agradables, pero no hay un interior, no hay hogar ni vida privada, todo transcurre en el espacio abierto de la pampa. *Moreira* vive en un pueblo que es apenas un conjunto de ranchos dispersos, donde la pulpería cumple la función de centro cívico y comercial en medio de la pampa. El Juzgado de Paz y la comandancia completan el brazo político y militar, pero sin llegar a dar coherencia a un espacio urbano concreto, que le pueda dar cohesión a la idea de pueblo o urbanización. Esto es lo más aproximado a una forma de vida urbana, una especie de nexo entre el campo y la ciudad. La descripción de fuertes y fortines es escasa, porque de hecho no había mucho para relatar; las instalaciones militares se reducían en el mejor de los casos a un rancho escasamente techado para el cobijo de oficiales o –como lo detalla Gutiérrez en una de sus siluetas– a unas carretas o carretones que hacían de habitación. Para el resto de los soldados, ya fuera dentro del fuerte o en marchas a campo traviesa, era muy poco frecuente que contaran con el cobijo de una carpa: el cielo servía de techo o, si se tenía mejor suerte, algún monte en medio de la pampa.

En cuanto al paisaje y la geografía de la campaña, Gutiérrez deja entrever una frontera caracterizada por el sino de la pampa: la extensa llanura. Pero el espacioso *desierto*,³ proclamado para representar al territorio nacional no dominado por el estado, no era tal en sus relatos. La naturaleza desértica de la pampa es objetada por las descripciones de jornadas atravesando campos salpicados de lagunas, médanos y cañadas que atenuaban la monotonía pampeana. La topografía que describe Gutiérrez en sus textos también deja ver una campaña cultivada y no ya monopolizada por la actividad ganadera.

Los toldos, al igual que los fortines, son las referencias más concretas dentro de la extensión pampeana. Los asentamientos de las tribus amigas son lugar de paso, de aprovisionamiento y cobijo para las tropas. *Moreira* debe resguardarse en los toldos de Coliqueo de las partidas militares que lo buscaban; el mismo cacique, en la Tapera de Díaz,⁴ fue proveedor

² Martínez de Hoz, Luis María Campos, Estanislao del Campo, Roque Sáenz Peña, Lucio Vicente López, entre otros.

³ La categoría de desierto no hace referencia a la monotonía pampeana, sino a un espacio vaciado de otra cultura, que es la cultura del indio. Esto es, el desierto (o la pampa) como el lugar del vacío, como el lugar de la barbarie al que se opone el lleno y la civilización de la ciudad.

⁴ La Tapera de Díaz era una referencia topográfica que señalaba el asentamiento de los toldos de Coliqueo en la pampa (donde quedaban los restos del rancho de un tal Díaz). Actualmente se localiza en el partido de General Viamonte, cercano a la ciudad de Los Toldos, en el noroeste de la Provincia de Buenos Aires.

de nuevos caballos para el regimiento; la guarnición del Fuerte general Paz asistió al casamiento el cacique Tripailaf –también aliado del ejército–, es decir, que la relación con los indios, cuando no era hostil, se desarrollaba en un intercambio permanente, ya fuera material o social. Pero la diferencia siempre estaba presente, en el fondo se reconocía a un *otro* distinto, por más que las noches pasadas al raso, la ausencia de comodidades y lujos, el hambre y la guerra fueran realidades comunes a militares, gauchos e indios. La *otredad* se reconocía dentro de la misma frontera. En el capítulo *Un Baile Monstruo*, de *Croquis y siluetas...*, ya desde el título hace referencia a un hecho que considera más allá de lo humano, que difiere de sus costumbres y de sus creencias. Desde la esposa número doce del cacique, pasando por los manjares indios preparados para tal ocasión, hasta el baile *lleno de contorsiones grotescas y desesperantes*, las prácticas del casamiento indio le resultan ajenas, distantes e irreconciliables con su cultura. A pesar del cruce y el mestizaje propio de la frontera, Gutiérrez establece una clara diferencia con la cultura indígena. No se debe perder de vista que, si bien la referencia es acerca de tribus amigas, él –como parte de las milicias fronterizas– estuvo allí para combatir al indio y anexar tierras a la estructura productiva del estado.

El rol de la mujer en los relatos estudiados contradice la idea de una frontera –y una guerra– eminentemente masculina.⁵ Si bien en *Moreira* el papel de la mujer es el de esposa y madre o prostituta, en *Croquis...* muestra mujeres valerosas, arriesgadas y temerarias, puestas a la par de cualquier hombre del fuerte. Aunque no se extiende en explicar cómo han llegado hasta allí, las describe como mujeres que formaron parte de la tropa, como las esposas de los soldados, que convivían con ellos y sus hijos en los fuertes; otras que iban al combate, como la negra que tenía grado de sargento primero y asumió la defensa del campamento cuando las milicias –destinadas a otros sitios debido a luchas internas– habían abandonado su posición en la frontera; o que luchó con la tropa en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con los indios, mientras veía morir a su último hijo.

Consideraciones finales

La categoría de barbarie de la pampa desde la mirada de un militar recae inevitablemente sobre la condición de la *otredad* del indígena o el forajido, que son justamente los objetivos de su accionar. Y para un estado en formación, el hecho de tener la mayor parte de su territorio fuera de su esfera de control implicaba ponerle alguna clase de nombre a ese otro. Ahora bien, si se trata de equiparar a la civilización con el grado de urbanización, es lógico que la frontera fuera considerada tierra de bárbaros, porque los asentamientos que formaban los fortines –sobre todo en la frontera más avanzada hacia el oeste de la provincia de Buenos Aires– constituían, junto con los asentamientos de tribus amigas y de algunos establecimientos rurales, los núcleos de población más relevantes. Aunque de ninguna manera significa que la pampa fuera un desierto. Existía un intenso flujo de circulación entre postas militares y rutas comerciales y la proporción de población rural era mayor que la urbana.

Al referirse a la frontera, Gutiérrez se refiere a un lugar específico, es decir, un lugar distinto de los toldos indígenas y de los pueblos de la campaña. Pero aún así la frontera no es ciudad ni campo, es frontera. No es solo la línea que divide la civilización de la barbarie, a pesar de estar tan presente el concepto militar de división, corporizado por las avanzadas de fortines. La idea de línea remite a un plano, a la representación gráfica que se le asigna a la sucesión de fortines –más o menos equidistante–, que como puntos de apoyo en el plano sirven para el trazado de una línea imaginaria. En la realidad esa línea no existía y la frontera era un espacio permeable, plástico y ambiguo. Pero aun Gutiérrez la considera algo distinto de una mera división entre dos entidades. La frontera es una realidad, aunque no pueda delimitarse físicamente y –a sus ojos– es tierra de aventuras y desventuras.

⁵ Mansilla ya le había dedicado varias páginas al rol valiente de su *comadre*, durante el relato de su excursión por tierras cuyanas en *Una excursión a los indios ranqueles* (1870).

Referencias

- BATTICUORE, G.; EL JABER, L.; LAERA, A. *Fronteras escritas*. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2008.
- GUTIÉRREZ, E. *Croquis y siluetas militares*. Escenas contemporáneas de nuestros campamentos. Buenos Aires: Librería Hachette, 1956.
- GUTIÉRREZ, E. *Juan Moreira* (1880). Centro editor de América Latina, 1980.
- HALPERIN DONGUI, T. *Una nación para el desierto argentino*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2005.
- LAERA, A. *El Tiempo vacío de la ficción*. Las novelas de Eduardo Gutiérrez y Eugenio Cambaceres. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004.
- QUIJADA, M. La articulación de la población indígena en la construcción nacional argentina (siglo XIX). *Historia Mexicana*, México D. F., v. LIII, n. 2, p. 469-510, 2003.
- NACACH, G.; NAVARRO FLORIA, P. El recinto vedado. La frontera pampeana en 1870 según Lucio V. Mansilla. *Fronteras de la Historia*, Bogotá, Colombia, n. 9, Instituto Colombiano de Antropología, p. 233-257, 2004.
- RATTO, S. Una experiencia fronteriza exitosa: el negocio pacífico de indios en la Provincia de Buenos Aires (1829-1852). *Revista de indias*, v. LXIII, n. 227, p. 191-222, 2003.
- ROULET, F.; NAVARRO FLORIA, P. La deshumanización por la palabra, el sometimiento por la ley. *Cuicuilco*, Escuela Nacional de Antropología e Historia, México D.F., v. 12, n. 34, p. 153-199, mayo-agosto 2005.
- SCHMIT, R. La construcción de la frontera decimonónica en la historiografía rioplatense. *Revista Mundo Agrario*, v. 8, n. 16, primer semestre de 2008.

Eduardo Gutiérrez y la frontera: um percurso por entre fortes e aldeias indígenas

Resumo

Este trabalho tem como objetivo investigar o assunto de fronteira do século XIX na Argentina com dois textos de Eduardo Gutiérrez como fontes primárias – *Juan Moreira* e *Croquis y siluetas militares*, enfatizando o tema que motiva a minha tese sobre a interpretação histórica da fronteira e da construção física e mental do território. O fato de trabalhar com fontes da época, ou pouco avançadas, –quando a guerra com o índio ainda ressoa– e os estudos culturais de matriz literária, permite, para este trabalho em particular, que sejam abordadas questões relacionadas com a vida material da fronteira, construção e concepção do território e as representações que se transformam em imagens de identidade nacional.

Palavras-chave: século XIX, fronteira, território, literatura popular, representações.

Eduardo Gutiérrez and the frontier: a tour of the forts and indigenous settlements

Abstract

This paper aims to investigate the subject of nineteenth-century frontier in Argentina using two texts as primary sources of Eduardo Gutiérrez –*Juan Moreira* and *Sketch and military figures*–, emphasizing the theme that motivates my thesis on the historical interpretation of the frontier and the construction mental and physical of the territory. The fact of working with contemporary sources, or barely advanced, –when war still resonates with the Indian– and with cultural studies of literary matrix, allows for this work-in particular, address issues related to the material life of the frontier, construction and conception of the territory and the representations that turn on images of national identity.

Key words: nineteenth century, frontier, territory, popular literature, representations.

Data de recebimento do artigo: 22/12/2009

Data de aprovação do artigo: 20/4/2010